



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Un ministerio de un valor inestimable

Exposición del Mensajero del Eterno

ES una inmensa gracia ser iniciados en toda la profundidad de los caminos divinos, como lo estamos actualmente, donde brilla la plena luz con un magnífico resplandor en las obras del *Mensaje a la Humanidad* y de la *La Vida Eterna*; nos instruyen con todo el conocimiento el plan de Dios. Es verdaderamente la estrella de la mañana que ha salido en nuestros corazones. De esta manera todo viene a ser claro y comprensible para nosotros, mientras que todo sigue confuso para los que no están iniciados en el consejo divino.

En lo que concierne al tabernáculo de Dios con los hombres – de que habla el apóstol Juan en el libro de revelación del Apocalipsis –, parece ser para muchos un auténtico enigma. Los testimonios que de este tabernáculo dan las Escrituras parecen incomprensibles. La Biblia explica el funcionamiento de un tabernáculo en el desierto, y después cómo desapareció. Nos habla también del templo que fue construido por Salomón, y más adelante explica cómo fue destruido.

Siglos después tuvo lugar la construcción del templo de Zorobábel, y finalmente la del templo de Herodes. Pero luego, en el Apocalipsis, es cuestión de un nuevo tabernáculo, qué es establecido por los hombres. Este tabernáculo había de tener por misión procurar el consuelo a todos los habitantes de la tierra, enjugar las lágrimas, vencer la muerte y llevar a término la realización de todas las magníficas y gloriosas esperanzas que nos han sido transmitidas por los profetas, concerniente a la restauración de todas las cosas.

El llamamiento para formar parte del pequeño rebaño ha resonado desde la venida de nuestro querido Salvador. Varios de entre nosotros han oído también este llamado y han respondido. Se han presentado con el deseo de formar parte de este tabernáculo. A cada uno de los consagrados, se les hacen las preguntas: ¿Es que me incorporo verdaderamente en el tabernáculo? ¿Qué es lo que hago para formar parte de él? ¿Es que desempeño fielmente mi ministerio? ¿Estoy consciente de lo que me corresponde hacer, y entusiasmado de poder funcionar en este maravilloso tabernáculo, o bien soy más o menos indiferente?

Por lo tanto, cada uno debe examinarse en otros puntos como éstos: ¿Estoy sobre todo ocupado conmigo mismo, y muy poco con el tabernáculo? ¿Está al contrario viva mi esperanza en las promesas y es mi celo ardiente para colaborar en el salvamento de la humanidad? ¿Es formal mi certidumbre y profunda mi convicción, y tengo así toda la substancia que permite llenar las condiciones indispensables para formar parte del tabernáculo?

En resumen, consiste en consolar a los seres humanos, en vencer la muerte y en enjugar las lágrimas. El Ejército del Eterno debe entrar en la tierra prometida pasando el Jordán en seco, o sea, sin pasar por la muerte. La nueva dispensación que se abre delante de nosotros debe entusiasmarnos; conviene que sintamos una inmensa felicidad de poder participar en su realización.

Naturalmente, al principio, muy pocos son los que pueden recibir las bendiciones que emanan del tabernáculo; también muy pocos son aquellos que están verdaderamente deseosos de correr la carrera presentada actualmente a los seres humanos, la cual permite pasar de una dispensación a la otra sin ser alcanzado por la muerte.

No cabe duda de que hay muchas dificultades que vencer. Los seres humanos se sienten en gran manera afectados por la adversidad. Están muy sugestionados, y de un modo fenomenal son distraídos por todo lo que Satanás pone delante de ellos para alejar su pensamiento del Reino. Sin embargo, en vista de las inefables perspectivas puestas delante del Ejército del Eterno, habría que tener siempre el valor de escoger el buen camino.

Sabemos que es sólo siguiendo el programa divino como podremos salir con buen éxito y recibir la bendición; no hay nada que esperar en otra parte. Pero los seres humanos pasan por la sugestión del adversario, y no es fácil convencerlos. Ellos están distraídos y sobre todo son egoístas; esto los mueve a orientarse hacia lo que les parece ser una ventaja inmediata. Su carácter falseado es una maldición, mientras que el carácter formado en los caminos divinos es una grandiosa bendición.

Vemos, en primer lugar, cuanta necesidad tiene la humanidad del tabernáculo anunciado en el Apocalipsis para poder ser consolada con un verdadero consuelo, y para poder luego comprender a donde se encuentra su verdadera ventaja, la única que pueda procurarle la vida y la felicidad duraderas. Con esto vemos toda la grandeza y la importancia del ministerio de un miembro de este tabernáculo, y lo que urgente es hacerlo funcionar en favor de la pobre humanidad.

Si queremos formar parte del sacerdocio, conviene poner en él lo mejor de nosotros mismos. Hay que desterrar la indiferencia, todo embotamiento, evitar pensar en mórbidos principios que impedirían la circulación del espíritu de Dios en nosotros, porque este último es absolutamente necesario para el ejercicio de nuestro ministerio. El espíritu del mundo quisiera siempre infiltrarse en nuestro corazón para preocuparnos, para ponernos ansiosos y

despertar en nosotros sentimientos egoístas, para que no podamos ejercer fielmente nuestro ministerio de sacerdotes.

Por lo tanto, conviene velar y orar, para poder vencer todas estas influencias disgregantes. El Señor sabe muy bien cuáles son nuestras luchas y combates. El está cerca para ayudarnos. Nos tiende la mano a fin de que podamos sobrepasar con éxito las dificultades. No nos regaña cuando tenemos desmayos.

El Señor nos levanta, nos consuela y nos exhorta con una maravillosa ternura. Pero es menester que estemos decididos a correr fielmente en la liza, y que tengamos la voluntad de pelear la buena batalla. Si estamos demasiado ocupados con nosotros mismos, la influencia del espíritu del mundo tendrá continuamente la supremacía en nosotros, y nunca podremos registrar verdaderas victorias sobre nuestro carácter; entonces permaneceremos siempre lo mismo, y nuestro ministerio de sacerdote será problemático.

Nuestro querido Salvador dirige apremiantes exhortaciones a cada una de las épocas de la iglesia durante la edad evangélica. Le dice a una de estas asambleas: "Al que venciera, daré a comer del árbol de la vida, el cual crece en medio del paraíso de Dios". A otra: "Al que venciera, le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe", etc. Siempre es cuestión de ganar una victoria, y de una poderosa ayuda prestada a aquel que quiere de veras hacer lo necesario.

En efecto, el Señor nos asegura un completo éxito, pero quiere también que ejecutemos nuestra parte del programa, y que realicemos un mínimo de sinceridad y de buena voluntad. Conviene que los caminos divinos nos sean más queridos que todo lo del mundo. Nuestro querido Salvador dijo: "El que ama a padre o madre, o hermanos, o mujer o marido más que a mí, no es digno de mí." Se trata, pues, de que trabajemos primero por el Reino de Dios y su justicia. Esto es muy natural, puesto que sólo es en esta dirección cómo podemos obtener alegría y bendición.

Según el programa divino hay actualmente dos caminos abiertos a los seres humanos: el camino del pequeño rebaño, incluyendo a aquellos que quieren formar parte del tabernáculo de Dios entre los hombres, y el camino de los que forman el Ejército del Eterno, que están invitados a atravesar el Jordán en seco. Para éstos últimos, es un momento solemne, lleno de gozo y de alegría, pero naturalmente también sembrado de toda clase de dificultades. Esta travesía del Jordán en seco es una etapa que requiere valor y voluntad.

En cuanto a los que están en los sepulcros actualmente, no se ocupan de este programa, y por causa. En efecto, es como si se les hubiera borrado la memoria. Pero, por el poder del rescate pagado por nuestro querido Salvador, ellos serán a su vez vueltos a la existencia. La voz del Hijo del hombre se dejará oír, y todos los que están en los sepulcros saldrán. Este será un momento de alegría y de gozo indescriptible. Pero después habrá que ponerse de acuerdo con las ordenanzas del Reino de Dios, que son todo lo contrario de lo que los seres humanos han vivido hasta ahora; intervendrá, pues, una completa transformación.

Es por lo que, tocante al tiempo de la restauración de todas las cosas, las Escrituras declaran: "Las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas". Pero, para los que siguen los caminos divinos fielmente, ¡qué poder de bendición, qué transportes de alegría, qué gozo desbordante! Es precisamente como está escrito: "Cuando hay juicios de Dios en la tierra, los moradores del mundo aprenden justicia". Esta es la justicia verdadera, que produce la alegría y la felicidad.

Ahora, pues, que se han presentado para formar el tabernáculo de Dios con los hombres, es preciso que asuman práctica y definitivamente su función: Como antedicho, en lo antiguo había el tabernáculo en el desierto, después hubo el templo de Salomón, luego el de Zorobabel, y finalmente el templo de Herodes; pero sólo representaban símbolos.

No obstante, los que en estas distintas épocas pusieron todo su corazón para realizar lo que se les había pedido, obtuvieron la bendición por sus esfuerzos y por su consideración a los caminos divinos; además, el efecto del rescate pagado por nuestro querido Salvador y por el tabernáculo se manifestarán igualmente a su favor, porque las bendiciones divinas ejercen también un efecto retroactivo sobre los que vivieron en el pasado.

Así, nuestro querido Salvador murió hace cerca de dos mil años; pero no serán solamente los seres humanos muertos después de él que se beneficiarán de su sacrificio. Este pago incluirá también a los que murieron antes que él, remontándose así hasta Adán y Eva.

Por consiguiente, tenemos delante de nosotros perspectivas inexpressablemente bellas. ¡Qué inmenso honor es para nosotros poder ser colaboradores de nuestro querido Salvador en esta obra de consuelo, de perdón y de restauración! Por eso, lo menos que podamos hacer es poner en ello todo nuestro corazón y no dejarnos distraer por lo que sea.

Si queremos, pues, participar prácticamente en la obra del tabernáculo, hemos de llegar a realizar la santidad de la conducta y la piedad. No debemos ser sacrificadores a la manera de los hijos de Elí, sino a la manera de los verdaderos hijos de Dios, que toman las cosas divinas a pecho y que se conducen de acuerdo con los principios del Reino.

Sería un supremo confortamiento y una gran bendición ver a miembros del real sacerdocio cumpliendo verdaderamente sus votos. Seguramente los hay que hacen reales esfuerzos; pero muchos de los que dicen correr la carrera del alto llamado se dejan llevar aún por todo género de distracciones. Se ocupan de toda especie de sutilezas, en vez de estar plenamente entregados a su ministerio. En cuanto a los miembros del Ejército del Eterno, son muy pocos todavía los que hacen todos los esfuerzos en la dirección de la vida, y que, como equivalencia de su fe

y de su celo, pueden recibir toda la potencia de la gracia divina.

Tenemos delante de nosotros el establecimiento del Reinado de la Justicia en la tierra. Para formar parte de los que lo introducen con nuestro querido Salvador, es necesario que llenemos fielmente las condiciones que implica. Un miembro del real sacerdocio debe en todo tiempo estar dispuesto a funcionar como sacerdote. Los hijos que forman el Ejército han de poder venir en cualquier ocasión a un consagrado para recibir de él socorro y asistencia. Por otra parte, conviene que los miembros del Ejército del Eterno tomen verdaderamente a pecho hacer efectiva la vida, conduciéndose en consecuencia.

Por lo tanto, esta es la buena batalla de la fe, la cual estamos librando; porque la influencia adversa, la que está opuesta al Reino de Dios, está obrando activamente para impedirnos, ahora a unos, ahora a otros, que corramos en la liza y alcancemos la meta.

Como lo sabemos, en el momento en que nuestro querido Salvador dio su vida, sus discípulos no pudieron prestarle asistencia. Todos flaquearon, unos más y otros menos. Judas se dejó extraviar totalmente por el adversario. En cambio Pedro pudo recobrase. El tenía en sí ciertos rasgos de carácter que permitieron que el Señor pudiera sacarlo fuera del peligro y de la terrible situación en que se encontraba acorralado. La prueba se presentó para él por medio de una sirvienta.

Respecto a nosotros, no es necesario que una sirvienta venga a ponernos los puntos sobre las íes. Toda clase de otras manifestaciones pueden ponernos en un dilema. Si somos aún muy atraídos por el espíritu del mundo, no podremos resistir. Por eso, es indispensable que nos esforcemos en concentrar nuestros pensamientos en el Reino, a fin de que podamos desembarazarnos de todos los hábitos que serían para nosotros una trampa.

En cuanto a mí, estoy muy agradecido de las diversas dificultades que se me presentan en el camino. De esta manera puedo darme mejor cuenta de mi situación espiritual, y de los esfuerzos que debo hacer para venir a ser vencedor en toda la línea. Actualmente se manifiesta el juicio definitivo para el pequeño rebaño. Por eso, es necesario que seamos puestos a prueba en todos los sentidos, a fin de que podamos probar nuestra completa fidelidad a los caminos divinos.

Es preciso que sepamos poner orden en nuestros pensamientos y en nuestro corazón. Todo lo que es del Reino de Dios podemos conservarlo, todo lo que es del reino del adversario, hay que tirarlo a la basura. Sólo de este modo adquiriremos buenos tesoros para el corazón, y no habrá en él una mezcla heteróclita de cosas turbias y equívocas.

Si un miembro del real sacerdocio está hipotecado por toda clase de sentimientos que no cuadran con su ministerio, ¿Cómo puede ser empleado para funcionar en el tabernáculo? El corazón ha de estar del todo en orden, si no, no estamos en condiciones de hacer lo necesario cuando vienen a pedirnos asistencia.

Por otra parte, es seguro que el que viene a un miembro del pequeño rebaño para pedir propiciación, tiene también que darse cuenta de que por este hecho pide un sacrificio al consagrado. Por eso, cada uno debe saber lo que hace, ser circunspecto, y no venir a cada momento a pedir Socorro por la más pequeña

bagatela. Es conveniente tener un grande aprecio y una alta estima por la obra de propiciación del tabernáculo.

Si estamos en semejante mentalidad, habrá mucho más respeto por una y otra parte, y el funcionamiento del tabernáculo podrá manifestarse de una manera normal y verdadera. Estas son cosas santas que hay que poder considerar como tales.

Nuestro querido Salvador realizó su ministerio con una entera fidelidad. El hizo propiciación por sus discípulos, y por este hecho todas las dificultades vinieron sobre él. Nada le fue escatimado, porque en ese trance él no se manifestaba ya como el representante del Omnipotente, distribuyendo a profusión las bendiciones divinas; él se revelaba como Jesucristo, el Juez misericordioso que ocupaba el lugar de los culpables, viniendo a ser pecador por ellos, y estando deseoso de pagar la equivalencia de sus transgresiones.

Como lo he dicho, en ese momento tan trágico los discípulos no pudieron asistirlo. Nuestro querido Salvador no se resintió de la debilidad que manifestaron, sino que incluso tomó posición a favor de ellos, cuando vinieron para arrestarlo, a fin de que no fueran molestados. El dijo a los que venían para arrestarlo: "Yo soy el que buscáis. Si me buscáis a mí, dejad ir a éstos." Por consiguiente él intercedió todavía, siempre a favor de sus queridos discípulos con un amor inalterable.

Teniendo a nuestra disposición todas estas poderosas y penetrantes instrucciones, ¡cuánto debemos tomar a pecho velar, a fin de no dejarnos importunar por el adversario! La historia de los discípulos que nos han precedido debe ser para nosotros una profunda advertencia y una exhortación a la vigilancia. Pues todo esto fue escrito para nuestra utilidad. Es menester que no durmamos sino, al contrario, que seamos de aquellos que desean combatir la buena batalla de la fe.

Nuestro corazón debe estar enteramente dispuesto para el Reino, y debemos trabajar por su introducción. Entonces estaremos entusiasmados y podremos hacer un o magnífico trabajo de preparación y de construcción. Apresuraremos el Día de Dios por medio de la santidad de la conducta y la piedad. Es así como podremos tener parte en la vocación celestial, como consagrados, y en la tierra prometida, como Ejército del Eterno, a la honra y a la gloria de Dios.



Preguntas para el cambio - del carácter -

1. ¿Hemos podido cubrir generosamente la falta del prójimo, renunciar a tener razón, adquirir reacciones de hijos de Dios?
2. ¿Hemos podido hacer frente a los intentos del adversario para desalentarnos, influenciarnos contra el prójimo o entristecernos?
3. ¿Hemos podido vencer la pesadez, la apatía espiritual, por haber buscado con ardor la comunión del espíritu de Dios?
4. ¿Hemos desterrado el egoísmo que quería invadirnos en nuestro ministerio, y echado nuestra ansiedad sobre el Señor?
5. ¿Hemos redoblado la sinceridad y dado al Eterno el primer lugar en nuestro corazón, a cualquier precio?
6. ¿Hemos hecho obras correspondientes al ministerio que hemos asumido?